

compromisos de Alejandro para con el rey de Prusia, accedió á que el honrado y modesto Federico Guillermo asistiera con ellos al dia siguiente á otra entrevista en el propio pabellon. Presentóle Alejandro: esplicó el monarca prusiano su conducta para con Napoleon, y éste á su vez, haciendo recaer toda la responsabilidad de sus desgracias sobre las intrigas de Inglaterra, hizo alarde de generosidad con aquel humillado príncipe, ofreciéndole que no sacaria las últimas consecuencias de sus triunfos, lo cual significaba que no haria borrar del mapa de Europa la monarquía prusiana.

Trasladado luego Alejandro á Tilsit, residencia de Napoleon; comiendo y paseando juntos; tratándose con la mayor familiaridad; encerrándose á veces solos en un gabinete, con los mapas del globo desplegados sobre la mesa y en los lienzos de la habitación; en aquellas conferencias que con razon se hicieron célebres, valiéndose Napoleon de la superioridad de su genio, y de las ventajas que su posicion le daba; llamando la atención del jóven Alejandro hácia el imperio de Oriente y halagando su juvenil imaginación con el fácil engrandecimiento de Rusia por aquella parte obrando de acuerdo con Francia, cuyas dos naciones se podian compartir el decaido y quebrantado imperio turco; persuadiéndole de la facilidad con que entre los dos, obrando como leales aliados, podrian enfrenar la soberbia de la Gran Bretaña, que as-

piraba á enseñorear y monopolizar el dominio de los mares, que pertenecian á todos; señalándole el modo cómo después se podian répartir el continente con recíprocas ventajas, logró seducir al jóven Czar, y moverle á constituirse en mediador armado de la paz con Inglaterra, bajo las condiciones que le propuso y que le parecieron equitativas, haciendo Napoleon por Alejandro lo mismo respecto á la Puerta; y si la mediacion ó las condiciones no eran aceptadas, comprometerian entre los dos á todo el continente contra la nacion que fuese díscola, y no habria nada ni nadie que pudiera resistirles. El voluble y caballeresco Alejandro llegó á enamorarse de tal modo de Napoleon y de sus planes, que con frecuencia esclamaba: «¡Qué hombre tan grande! ¿Por qué, no le habria conocido yo ántes? ¡Cuántas faltas no me hubiera ahorrado, y qué cosas tan gigantescas no hubiéramos hecho los dos unidos!»

Por último, despues de haber invitado Alejandro á la hermosa é infortunada reina de Prusia á que pasase á Tilsit; despues de haber recibido y tratado Napoleon á la bella princesa con la mayor consideración y galantería, pero sin alterar un punto sus planes de distribución, convinieron los dos emperadores, y firmaron sus respectivos plenipotenciarios (8 de julio, 1807) las célebres estipulaciones, estendidas de puño y letra del mismo Napoleon, conocidas con el nombre de Tratado de Tilsit. Varias fue-

ron aquellas; públicas unas, secretas otras. El tratado público entre Francia, Rusia y Prusia contenía:—Que se devolvería al rey de Prusia, *por consideracion al emperador de Rusia*, la Prusia antigua, Pomerania, Brandeburgo y las dos Silesias:—Que quedarían á Francia las provincias situadas á la izquierda del Elba, para formar con ellas y el ducado de Hesse un reino llamado Westfalia, para el príncipe Gerónimo, hermano menor del emperador:—Que las provincias de Posen y Varsovia quedarían también de Francia, para darlas al rey de Sajonia con título de gran duque de Varsovia:—Que Rusia y Prusia reconocerían á Luis Bonaparte por rey de Holanda, á José por rey de Nápoles y á Gerónimo por rey de Westfalia, igualmente que la Confederación del Rin y demás estados creados por Napoleón:—Que Rusia interpondría su mediación para la paz con Inglaterra, y Francia la suya para la paz entre Rusia y Turquía.

En los artículos secretos se estipuló: que se darían á los franceses las bocas del Cáttaro y las Siete islas.—Que José, reconocido ya por rey de Nápoles, lo sería también de las Dos Sicilias, cuando los Borbones de Nápoles hubiesen sido indemnizados con las islas Baleares ó la de Candia:—Que si el Hannover se reunía á la Westfalia, se daría al rey de Prusia á la izquierda del Elba un territorio que contuviese trescientos ó cuatro mil habitantes:—y por último, una alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Rusia, com-

prometiéndose á guerrear contra Inglaterra y contra la Puerta, si no aceptaban las condiciones convenidas, y á intimar mancomunadamente á Suecia, Dinamarca, Austria y Portugal á concurrir á sus proyectos, y á cerrar sus puertos á Inglaterra <sup>(1)</sup>. No podrían ligarse más íntimamente los dos soberanos. Cangeadas las ratificaciones (9 de julio), despidiéronse tierna y solemnemente los dos emperadores en presencia de las guardias imperiales, abrazáronse de nuevo á las orillas del Niemen, y Napoleón llegó á la mañana siguiente á Königsberg. Convino en aquella ciudad con el rey de Prusia en que las tropas francesas evacuarían el 21 de julio (1807) las orillas del Niemen, el 25 las del Pregel, el 20 de agosto las del Passarge, el 5 de setiembre las del Vístula, las del Oder el 1.º de octubre, y el 1.º de noviembre las del Elba. Dadas éstas y otras disposiciones, el emperador tomó la vuelta de Francia, y llegó la mañana del 27 de julio á París rodeado de más brillo que nunca, como quien se consideraba y era considerado como el dominador

(1) Dió por primera vez el ilustre historiador Mr Thiers, conocimiento y noticia exacta, así de las conversaciones habidas entre los emperadores Alejandro y Napoleón, como de las verdaderas estipulaciones públicas y secretas de Tilsit, de cuyas escenas y documentos se habían hecho versiones y publicaciones inexactas y adulteradas. Asegura deber esta adquisición á documentos auténticos y oficiales que ha podido consultar y que no eran conocidos, y muy principalmente á la correspondencia de Savary y Caulaincourt con Napoleón y de éste con ellos, y también á unos despachos muy curiosos en que se contiene lo que la reina de Prusia dijo, por vía de desahogo, cuando regresó de Tilsit, á un antiguo diplomático digno de su confianza y amistad.—El Consulado y el Imperio, tom. VII. cap. 27.

directo ó indirecto de casi todo el continente. Tal fué el resultado inmediato de la cuarta coalición de las potencias de Europa contra la Francia.

¿Qué era entretanto de España? preguntarán ya no sin razon nuestros lectores. ¿Qué era de la aliada de la república y del imperio francés?—Uno de los efectos de esta alianza fué la necesidad de defender sus colonias del Nuevo Mundo contra los ambiciosos proyectos y las expediciones marítimas de Inglaterra, envidiosa de nuestro poder en aquellas regiones. Inglaterra, que en Trafalgar destruyó nuestra mejor escuadra y nuestros mas ilustres marinos; Inglaterra, que durante la cuarta coalición contra el imperio francés por ella promovida burló á sus aliados del Norte no enviándoles los auxilios de hombres y dinero que les habia ofrecido, vengábase de España, ya intentando promover la rebelion de sus colonias de América contra la metrópoli, ya enviando expediciones armadas para arrebatarnos aquellos dominios. Para lo primero valióse del aventurero Miranda, hijo de Caracas, revolucionario de oficio y agitador de todas las rebeliones del Nuevo Mundo, á quien suministró dinero en abundancia y una pequeña flota, con lo cual creia el infiel y venal caudillo tener bastante para alzar en masa toda la Colombia, á cuyo fin se acercó á las costas de aquel vireinato, y comenzó á introducir en el pais y á inundarle de escritos y proclamas revolucionarias (abril, 1806). La lealtad de aquellos natu-

rales le respondió con un sentimiento unánime, no solo de desden, sino de reprobacion, y los oficiales y soldados que á favor de las tinieblas de la noche se atrevieron á desembarcar quedaron todos prisioneros. Refugiado el aventurero en la Trinidad, y provisto de mayor fuerza naval por los ingleses, tentó por dos veces apoderarse de la Margarita, y ambas veces fué rechazado. Se atrevió á aventurar un golpe en Cozo y logró echar en tierra unos seiscientos hombres, pero acudiendo algunas tropas, destrozáronle doscientos, y él se vió obligado á reembarcarse precipitadamente y á dar de mano á sus temerarios designios.

De mas gravedad y de mas sensibles resultados pudo haber sido la expedición militar que por aquel mismo tiempo enviaron los ingleses contra Buenos-Aires. Con una diestra maniobra de la escuadra lograron engañar al virey, que creyó mucho mas numerosas aquellas fuerzas, y apoderarse de la ciudad (28 de junio, 1806), de que se hicieron dueños por algun tiempo. Pero hubo un intrépido y valeroso marino, oriundo de Francia, pero español de corazon, y consagrado al servicio de España desde sus primeros años, que penetrado del buen espíritu de aquellos naturales, lleno su corazon de fuego patriótico, se presentó al virey en Córdoba, se ofreció á librar la ciudad, con solos seiscientos hombres que le diese, y con los artilleros y marinos que él mandaba. Este denodado marino era don Santiago Liniers, capitán de navío, y co-

mandante general de las fuerzas sutiles de Montevideo (1). Liniers cumplió su ofrecimiento: con aquellos seiscientos hombres, y cien más que reunió de milicias del país, y ayudándole con su escuadrilla el capitán don Juan Gutierrez de la Concha, se acercó á la ciudad, intimó la rendición al comandante inglés Beresford, que la rechazó con arrogancia, Liniers avanzó, arrojó los ingleses de el Retiro, y penetró en la ciudad derramando en ella la muerte. Refugiado en el fuerte Beresford, el pueblo en masa agrupado en derredor de Liniers quiso acometer la fortaleza gritando: «¡al asalto!» Temeroso el inglés de la actitud de aquellas furiosas turbas, enarboló bandera blanca, y arrojó su espada desde las almenas. «¡La bandera española!» gritaban no satisfechos nuestros americanos, y Beresford tuvo que izar la insignia castellana, y entregarse á discreción con los mil doscientos hombres que tenia. Liniers le concedió una capitulación honrosa (12 de agosto, 1806), en consideración á no haber hecho fuego á las masas del pueblo. Ascendió el botín á mas de tres millones de pesos fuertes.

Resuelto el gobierno inglés á vengar la afrentosa humillación sufrida en Buenos-Aires, envió mas adelante una nueva y mas respetable expedición á las

(1) Habia nacido Liniers en Niort en 1753, y habia entrado al servicio de España y continuado constantemente en él desde 1775, en que sentó plaza de guardia marina, y se habia ha-

llado en todas las expediciones de su tiempo hasta 1788, que siendo capitán de fragata se le destinó como tal á la armadilla de Montevideo.

provincias del Rio de la Plata al mando del almirante Murray, fuerte de quince mil hombres de desembarco. Ocupada la colonia del Sacramento, y bloqueada por espacio de cuatro meses Montevideo, resistió esta ciudad dos porfiados asaltos de los ingleses, pero al tercero tuvo que sucumbir (febrero, 1807). Aun tardaron otros cuatro meses en preparar el ataque contra Buenos-Aires, objeto principal de la expedición. Apercibido estaba el valeroso Liniers y animado á resistir aunque fuese á triples fuerzas. Armado el vecindario y lleno de entusiasmo con tan digno gefe, dejóle éste encomendada la defensa de la ciudad, y él salió con un cuerpo de ocho mil hombres á esperar á los ingleses en un punto por donde creyó habrían necesariamente de pasar, y con la esperanza y casi seguridad de envolver al enemigo si aceptaba la batalla. Pero el general inglés cambió de dirección, hizo á sus tropas vadear el rio, y obligado Liniers á combatir fuera de las posiciones escogidas no fué tan dichoso como esperaba en la pelea. Una noche horrible de truenos y lluvias separó á los combatientes: no se encontraba Liniers, y creyósele muerto ó prisionero. El coronel Velasco reunió las tropas y las colocó en los puntos convenientes para la defensa de la ciudad. Liniers, separado de ellas en un momento de confusión, pasó la noche solo en el campo, á caballo, huyendo de las patrullas enemigas, hasta que, mas despejado el horizonte, al apuntar el dia pudo incorpo-

rarse á los suyos con indecible júbilo de todos.

Al fin, á la primera hora de la mañana del 5 de julio (1807), fué acometida la ciudad por todas las fuerzas inglesas; pero tropa y vecindario, compitiendo en decision y en patriotismo, recibieron á los invasores con tál lluvia de fusilería y de metralla que hacian espantoso estrago en sus columnas. «Los regimientos mandados por el mayor general Lumley (decia el general inglés Whitelock en su parte) tuvieron que sufrir desde un principio un fuego vivo y sostenido de fusilería de los tejados y ventanas de las casas. Las puertas estaban barreadas de tal suerte que era casi imposible derribarlas ó romperlas: las calles cortadas por fosos profundos, y en su interior cañones que llovian metralla sobre las columnas que avanzaban..... Abrasados por todos lados los cuatro escuadrones de carabineros, abandonaron el temerario empeño en que se hallaban..... El resultado de la accion de éste dia me habia dejado en posesion de la Plaza de toros..... y de la Residencia..... pero estas únicas ventajas habian costado ya dos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. El fuego que habian sufrido las tropas fué violento en extremo. Metralla en las esquinas de todas las calles, fusilería, granadas de mano, ladrillos, losas y cantos de piedra tirados desde los tejados, y cuanto el furor y la defensa halló bueno para ofendernos, otro tanto habian tenido que sufrir nuestras hi-

»leras donde quiera que dirigian sus pasos. Cada propietario con sus negros defendia su habitacion: tantas casas como habia eran otras tantas fortalezas, sin que sea ponderacion afirmar que no habia en Buenos-Aires un solo hombre que no estuviese empleado en la defensa..... (1).»

Aterrado con tanto estrago el general inglés, y convencido de la imposibilidad de dominar una poblacion por tales tropas y tales habitantes y con tal denuedo defendida, vióse forzado á capitular con Liniers, firmando un tratado en que se estipuló: la cesacion de hostilidades en ambas bandas del Río de la Plata:—que los ingleses conservarian tan solo por el plazo de dos meses la fortaleza y plaza de Montevideo, pasados los cuales la entregarían en el mismo estado, y con la misma artillería, armas y pertrechos que tenia cuando hicieron la conquista:—término de diez dias para el reembarco total de las tropas de S. M. Británica á la banda del norte del Río de la Plata:—mútuo cange de prisioneros, etc. (7 de julio de 1807). El general Whitelock regaló una preciosa espada al general Liniers por su caballeroso comportamiento, y el español le correspondió con cuatro cajas de preciosidades para

(1) Parte del general inglés John Whitelock.—En el mismo sentido escribió el almirante Murray al secretario del almirantazgo.—Todo concuerda con el parte de Liniers al gobierno español, inserto en la Gaceta extraordinaria de Madrid del jueves 26 de noviembre de 1807. Tenemos á la vista un estado detallado de todas las fuerzas inglesas y españolas, así navales como terrestres, y el de las pérdidas que tuvimos.

el Museo Británico, con una hermosa perspectiva de la ciudad de Buenos-Aires. Este nuevo escarmiento arrancó á algunos diarios ingleses sentidas lamentaciones <sup>(1)</sup>, en tanto que en las poblaciones de ambos hemisferios se celebraba con fiestas y regocijos públicos, y nuestros poetas cantaban á porfia las glorias de Buenos-Aires. A su heróico defensor don Santiago Liniers se le confirió el mando de todo el vireinato con el empleo de mariscal de campo, y se dió á la ciudad el bien merecido dictado de *muy noble y muy leal*. Los ingleses evacuaron á Montevideo el 13 de setiembre (1807), y no volvieron á inquietar por entonces nuestras colonias <sup>(2)</sup>. Napoleon dió solemnemente el parabien á Carlos IV.

¿Sería ingénuo y sincera esta felicitacion? ¿Era todavía Napoleon en aquél tiempo verdadero aliado y amigo de Carlos IV. y de la España, ó abrigaba ya sobre ella los pensamientos ambiciosos y hostiles que

(1) «Cada casa, segun las expresiones de la Gaceta (decía el *Daily Advertiser* de 14 de setiembre hablando del suceso de Buenos-Aires) era un castillo, y cada calle un atrincheramiento. Un pueblo decidido de esta suerte es invencible. Los españoles estaban tan animosos, que cada ciudadano era un soldado, y cada soldado un héroe. Buenos-Aires se perdió para siempre; y no es esto solo, sino que la América española es inexpugnable para lo sucesivo. El ejemplo dará valor en todas partes, y el orgu-

llo español y el odio al nombre inglés nos cerrarán todas las costas de aquel rico continente.»

(2) En el tomo IV. de la *Revista militar* se publicó un largo é interesante artículo biográfico de don Santiago Liniers, escrito por el entendido gefe de marina don Francisco de Paula Pavia, en que se dan curiosas noticias de aquel ilustre marino, así como interesantes pormenores de aquel glorioso suceso que la naturaleza de nuestra obra no nos consiente referir.

á poco tiempo de estos sucesos descubrió? ¿Cuál habia sido la conducta recíproca entre el emperador de los franceses y el gobierno español desde Trafalgar á Buenos-Aires, desde la paz de Presburgo á la de Tilsit? Punto ha sido éste para nosotros de difícil averiguacion, no tanto en verdad por la poca conformidad que notamos en los documentos históricos, como por la falta de fijeza y la mucha variacion en los pensamientos de los principales actores en este drama, causa sin duda del desacuerdo ostensible que observamos en los mismos documentos oficiales. Acaso el estudio profundo que hemos necesitado hacer nos haya conducido al descubrimiento de lo cierto en medio de estas aparentes contradicciones, bien que con la pena de separarnos en esto del testimonio de dos ilustres personajes, francés el uno y español el otro, que por su respectiva posicion y especiales circunstancias parecen ser los que tenian motivos para estar mejor informados de los acontecimientos á que nos referimos, á saber, Mr. Thiers y el príncipe de la Paz.

Con gran aire de confianza anuncia Mr. Thiers, al acercarse al suceso de la invasion de España por Napoleon, que «provisto de los únicos documentos auténticos que existen, los cuales son muy numerosos, »con frecuencia contradictorios, y solamente conciliables por medio de grandes esfuerzos de crítica, *creo poder revelar el secreto, todavía desconocido*, de los »desgraciados acontecimientos de aquella época.» Y

despues de manifestar que va á corregir á todos los historiadores que de ellos han hablado, porque ninguno ha podido conocer el secreto de las resoluciones que se adoptaban en París, «todo lo cual, dice, se halla en los papeles particulares de Napoleon depositados en el Louvre, los cuales contienen simultáneamente los documentos franceses y españoles cogidos en Madrid,» declara solemnemente que «todos los historiadores que hacen remontar hasta Tilsit los proyectos de Napoleon sobre la España, *se han equivocado.*» Y pasa á referir por primera vez cómo empezó Napoleon á intimar á los embajadores de España que era menester apoyara esta nacion á Francia para exigir á Portugal una adhesion inmediata y completa al sistema continental, seguida de una declaracion explicita de guerra á la Gran Bretaña, y que si Portugal no accedia desde luego, España previniese sus tropas para invadir aquel reino en union con las imperiales que estaban ya preparadas <sup>(1)</sup>.

En primer lugar, el ilustre historiador y ex-ministro de la Francia, que declara equivocados á todos los que hacen remontar los proyectos de Napoleon sobre la España hasta Tilsit, se olvida de que él mismo los habia hecho remontar, no hasta la paz de Tilsit (julio de 1807), sino hasta la paz de Presburgo (diciembre de 1805). «Algunas veces, habia dicho Mr. Thiers

(1) Thiers, Historia del Imperio, lib. XXVIII.

»refiriéndose á aquel tiempo <sup>(1)</sup>, cuando estendia más aún el sueño de su grandeza, pensaba en España y Portugal, en la primera de las cuales veía signos de una hostilidad oculta, y en la segunda de una hostilidad manifiesta: pero esto distaba mucho todavía del vasto horizonte de su pensamiento, y era preciso que la Europa le obligase á dar otro golpe como el de Austerlitz para espulsar completamente á la casa de Borbon. Sin embargo, es cierto que dicha espulsion empezaba á convertirse para él en idea sistemática, y que desde que se decidió á proclamar el destronamiento de los Borbones de Nápoles consideraba á la familia Bonaparte como destinada á reemplazar la casa de Borbon en todos los tronos del Mediodía de Europa.»—Y en otro lugar mas adelante <sup>(2)</sup>: «Que Napoleon concibió *desde luego* la idea sistemática de destronar á los Borbones en toda Europa, es incontestable: pero aquella idea no comenzó á fijarse en su ánimo *hasta* 1806, despues de la traicion de la corte de Nápoles <sup>(3)</sup> y el destronamiento de aquellos reyes acordado al dia siguiente de la batalla de Austerlitz.»

En segundo lugar, confiamos demostrar pronto al erudito historiador francés, no con nuestro juicio privado, sino con documentos auténticos que existen, no

(1) Historia del Imperio, cional al cap. XXIX. lib. XXIV.

(2) En su estensa Nota adicional al cap. XXIX. (3) Que fué antes de la paz de Tilsit.

en los archivos del Louvre, sino en los de la primera secretaría de Estado de España, que el plan de Napoleón de exigir de España la invasión de Portugal, en unión con las tropas francesas, para obligar á aquel reino á adherirse al sistema continental y á declarar la guerra á la Gran Bretaña, databa ya y estuvo muy madurado por lo menos desde la primavera de 1806, y que si entonces quedó en suspenso no debió ser otra la causa que las grandes guerras que por otro lado llamaron la atención de Napoleón.

Y estos mismos documentos nos servirán también para rectificar las inexactitudes que haciendo su propia defensa comete el príncipe de la Paz, cuando, por querer sincerarse del cargo de aspirar á ser ensalzado por Napoleón á otro mas eminente puesto del que entonces obtenia, niega resueltamente y con gran desenfado que antes de octubre de 1807 se hubiera tratado de elevarle al señorío ó soberanía de los Algarbes, ni que en la primavera de 1806 hubiera todavía imaginado Napoleón semejante proyecto, que dice no haber sido discurrido hasta mas de un año después (1).

(1) Hé aqui cómo apostrofa contestando al conde de Toreno: «¿A qué puesto? ¡hombre falaz! ¿á qué altura ó á qué eminencia ansiaba yo subir por aquel medio? ¿Fué al señorío de los Algarbes, donde pasado mas de un año concibió Napoleón por un momento la idea de desterrarme y de quitar un grande estor-

»bo á sus designios? ¿Qué antecedente, qué suceso ó qué motivo habia en la primavera de 1806, ni aun para imaginar aquella grande intriga que el emperador de los franceses discurrió en octubre de 1807...?»—Memorias del Príncipe de la Paz, cap. XXIV.

Nosotros podemos asegurar á Thiers y á Godoy, sin temor de que se nos pueda desmentir, que ya en la época que hemos designado no solo se trataba entre Bonaparte y el gobierno español de que penetrarán en Portugal tropas españolas y francesas con los fines enunciados, sino que llegó casi á convenirse el modo y la forma en que se habia de ejecutar la invasión: que fué objeto de acuerdo lo que habia de hacerse de aquellos reyes y de aquel reino, y que una de las bases del plan era la particion de Portugal en dos mitades, una de las cuales habia de darse en soberanía al príncipe de la Paz con título de rey. Cuál fuese el designio secreto de Napoleón en este plan con respecto á la suerte futura de España, no nos consta, ni hace ahora para este caso á nuestro propósito. Siguiéronse aquellas negociaciones por espacio de meses entre Napoleón y el príncipe de la Paz, sirviendo de intermediarios por parte del primero el ministro Talleyrand y el mariscal de palacio Duroc, y por parte del segundo don Eugenio Izquierdo, hechura y protegido del príncipe de la Paz, á quien éste puso y tuvo muchos años en París, para que le sirviera de agente diplomático de confianza, aunque sin carácter oficial de ministro ni embajador: hombre instruido, hábil, manso y activo, bien relacionado en aquella córte (1), y

(1) Izquierdo habia sido director del Gabinete de Historia natural. Por su talento y sus conocimientos, especialmente en ciencias naturales, habia adquirido relaciones y estimacion entre los literatos y sabios de varias córtes estrangeras y en la